

Mapa aromático y sentimental

Diego sonrió complacido, apreció matices vaporosos de pasas y vainilla, retuvo el vino unos instantes en la boca, se lo llevó a los labios con anticipado placer, se embriagó de sutiles perfumes, alzó la copa, servida en la medida que el líquido requería para desplegar su personalidad, lo entregó al aire del Bierzo para despertarlo, aprobó el color rojo teja, deseó el color rojo guinda, descorchó sin ceremonia una botella escogida y apartada, taponó el cristal con una mueca de confianza en el futuro, se recreó en el prodigio de equilibrio y armonía de aromas y taninos, trasegó con paciencia de alquimista, arrastró las impurezas al fondo de la barrica, eliminó turbios y posos exhibiendo diligencia, rebajó los ácidos, regó el sombrero de pulpa, hollejo y pepita, vigiló el burbujeo, preparó el roble quemando pajueta, rompió la piel de la uva, despalilló con delicadeza para sortear el amargor, seleccionó los mejores racimos de las mejores cepas, cortó las ramas sobrantes, combatió la polilla y el mosquito verde, sembró con una ilusión infantil instalada en el corazón, se convenció de la elegante expresión frutal de la Mencía, y a orillas del río Cúa, a su paso por Cacabelos, soñó con hacer vino.

Adsodemelk

EL FANTASMA Y LA VIÑA

No sabría decir cuántos años tenía aquel fantasma. Su aspecto era el de un muchacho de dieciocho o veinte. Mirada limpia. Sonrisa regalada. La primera vez que lo vi caminaba entre las cepas observando los racimos. Le ofrecí probar las uvas y me dijo que no, que el más noble destino de aquella majestuosa Mencía no era masticarla en boca sino dedicarla al vino porque estaba hecha para envejecer en barrica de roble. Le pregunté cuál era su nombre y me dijo que Dionisio. Luego añadió que estaría por allí hasta después de la vendimia porque moría cada invierno para renacer en primavera. Reconozco que pensé que más que un fantasma se trataba de un loco. Un loco amable, pero loco, al fin y al cabo. Hasta que llegó el invierno y desapareció.

Creí que no volvería a verlo, pero regresó a la primavera siguiente. Desde entonces se manifiesta año tras año, que aparece y desaparece, o como él dice, muere y renace. Nunca falta a su cita en el Bierzo, siempre con el mismo aspecto y la misma sonrisa. Me he acostumbrado a verlo por mi viña mirando los racimos. Lo único que encuentro raro es que ahora no quiere que le llame Dionisio, quiere que le llame Baco, y no estoy seguro de si ese es nombre para un fantasma.

EL ENÓLOGO SOÑADOR

Disfrutábamos las vacaciones estivales entre viñedos y frutales al pie de las omnipresentes montañas azules. Compartíamos la casa de piedra con las golondrinas, que anidaban en los arcos del patio y entraban en las habitaciones sin llamar.

Mis hermanos y yo pasábamos las tardes cazando ranas o espiando a las perdices por los disímiles paisajes. Arriba, tierra árida y polvorienta; abajo, tierra jugosa y fresca, la cercana al río. Chapoteábamos en el agua helada que perdía su transparencia bajo nuestros pies. El campanario, molesto solo para los forasteros, nos marcaba los momentos y nos daba las órdenes precisas. Así nos hicimos adolescentes. Así nos hicimos mayores.

Agonizante el verano, cuando el pueblo olía a vino y a otoño, todo eso terminaba y regresábamos a la ciudad. En nuestra ausencia se producía la magia y en Navidad, cuando volvíamos, los caldos jóvenes nos esperaban para calentar cuerpo y alma. Poder asir la copa era solo privilegio de los adultos, que cada año éramos más.

Una vez soñé que me escondía de noche en la bodega para presenciar los rituales de alquimia y desvelar el misterio. Descubrí que todo era cierto. Egipcios, griegos, romanos, vikingos...ellos también conocían el secreto: los Dioses intervienen en el proceso.

Ese año decidí que me quedaba a formar parte de aquello. Cuando agoniza el verano empieza todo.

Danés Pieltain

ESENCIA

Después de un periodo prolongado de crisis decidí volver a mis orígenes y regresé al pueblo de mis abuelos. Yo siempre fui una urbanita que renegaba de todo lo que no fuese asfalto, aglomeraciones y movimiento, pero tras una ruptura sentimental, un trabajo que no me satisfacía y un sentimiento de soledad que me ahogaba, me tomé un periodo de vacaciones que se han convertido en algo que parece permanente.

El cambio ha sido tan fuerte que podría decirse que he sufrido una catarsis.

El tiempo que estoy pasando con mis abuelos es lo mejor de todo. Esos paseos interminables por sus viñedos, viendo como los trabajan, me hace sentir bien.

Doy gracias por su infinita sabiduría, esa que poco a poco ha ido llenando los silencios que existían al principio, cuando yo era una huraña que solo me regodeaba en mis miserias. Esa metáfora permanente con la que comparan la vida con un buen vino que hay que saber degustar y beber de forma moderada pero disfrutando de cada trago, ha hecho más por mi que tres años de terapia, me ha permitido darme cuenta que lo más importante no está en el exterior sino dentro de mi. Ellos siempre rematan sus frases diciendo: “si quieres un buen vino has de buscar su esencia y esa solo la encuentras si eres capaz de bajar al fondo de la barrica y desentrañar su origen”

No se cuanto duraré en el pueblo, pero de momento es donde me quedo.

Quebejg